

no dió límites á su despecho; y prefiriendo á este yugo indigno el de los bárbaros mas feroces, invitó á Genserico á que viniese á apoderarse de Roma. El rey de los vándalos, siempre pronto al pillage, no se hizo de rogar; y en breve desembarcó en Ostia y se dirigió derechamente á Roma. No cuidando Máximo mas que de huir, y permitiendo á todos hacer lo mismo, se hizo tan despreciable que atentaron sin temor contra su vida, y fué hecho pedazos el día setenta y siete de su reinado por los antiguos criados de Valentiniano, que echaron al Tiber los miembros del parricida (1).

Abandonóse toda la ciudad á la consternacion, sin pensar siquiera en defenderse. Tan solo el Pontífice salió al encuentro á Genserico, poco capaz de intimidarle despues de Atila. Obtuvo cuanto se podia obtener de tal vencedor, y mas de lo que podia esperarse; esto es, que los vándalos se contentarian con el saqueo: que se abstendrian de matar y de incendiar, y que no serian saqueadas ni aun visitadas tres iglesias, la de San Pedro, la de San Pablo y la Basílica Constantiniana. Se cumplió la palabra; pero por espacio de catorce dias saquearon todo lo restante de la ciudad, de donde llevaron riquezas inmensas, especialmente los vasos sagrados que en otro tiempo habia llevado de Jerusalem el emperador Tito. Hubo millares de cautivos, entre los cuales la emperatriz, que habia llamado á los bárbaros, fué llevada á Cartago con sus dos hijas Eudisia y Placidia.

Mas este desastre fué saludable á la otra célebre Eudisia, viuda del emperador Teodosio y madre de la emperatriz de Occidente. Para ella su filosofia y sus luces naturales eran un débil consuelo, sin el de la fe, de que estaba privada por haber abrazado la heregia de Eutiques. Estos gol-

(1) Procop. lib. 4. hist. cap. 5.

pes que descargaba el Señor hicieronla entrar en serias reflexiones, y no tardó en concebir temores de que no seguia buen camino (1). Encontrábanse aun abundantemente en Tierra Santa, donde ella moraba, hombres virtuosos, poderosos en obras y palabras. Consultó los de mas nombrada: supo de ellos que su muerte no estaba muy lejos, y que ninguna obra de virtud debia darle consuelo si no volvía al centro de la unidad, sometiéndose al Concilio de Calcedonia y á Juvenal su legitimo obispo. Obedeció á esta voz del cielo: abjuró públicamente la heregia en Jerusalem, y entró en la comunión de la Iglesia, en la que perseveró hasta morir. Antes de su muerte tuvo el consuelo de saber que el principe Hunnerico, hijo del rey de los vándalos, se habia casado con la primera de las dos hijas de Valentiniano, y que la segunda habia sido enviada con su madre á Constantinopla.

En Africa quedaba una multitud de otros cautivos ilustres, que dieron materia en abundancia á la caridad del obispo de Cartago llamado Deogracias, el cual habia sido ordenado en 454 á ruegos del emperador Valentiniano despues de una larga vacante de esta Silla. Conmovieron vivamente á este prelado los tratamientos inhumanos que los cautivos sufrían (2). Como entre los vencedores unos eran moros y otros vándalos, dividian entre sí los prisioneros, y separaban desapiadadamente los hijos de sus padres y las mugeres de sus esposos. Asi en la miseria y penuria de la esclavitud ni aun tenían el triste consuelo de arrastrar sus cadenas en compañía de las personas que amaban, para confundir juntos sus sudores y sus lágrimas. Habia una multitud de enfermos, asi por las necesidades que sufrían, como por las incomodidades es-

(1) Vit. S. Euthim. pag. 64 et seq. (1) Procop. lib. 4. hist. cap. 5.

(2) Vict. Vit. lib. 1, cap. 5.

traordinarias que padecieron en la navegacion. El santo obispo rescató cuantos pudo pagar, no temiendo vender para tan buena obra los vasos de oro y plata que servían á las iglesias. A los enfermos les suministraba todos los socorros que necesitaban, haciales repartir el alimento debido, y acompañaba por sí mismo á los médicos que los visitaban. Por la noche reconocia si estaban bien asistidos, y de cama en cama iba preguntando á cada uno que tal se hallaba, y esto á pesar de su debilidad y edad avanzada. Muy poco despues murió, no habiendo ocupado la Silla de Cartago mas que tres años.

Con este triste suceso creyeron los cautivos que volvía á principiar de nuevo su esclavitud. No fué menos funesta esta muerte á la iglesia de Africa en general, pues el rey Genserico tomó de ella ocasion para prohibir que se ordenasen obispos en la provincia Proconsular y en la Zeugitana, donde aun habia sesenta y cuatro, pero la mayor parte muy viejos. De este modo yéndose estos muriendo, no quedaron mas de tres al cabo de algunos años. La Iglesia venera la memoria de San Deogracias el día 22 de marzo. La barbarie de Genserico fué causa de la santificacion de otros muchos africanos, sin contar el grande número de mártires que produjo.

Esto, tanto ó mas que las devastaciones del vándalo, encendió el celo y valentía del emperador Marciano, que pensó seriamente en hacerle la guerra. Como principe cristiano se dispuso á ella, reuniendo á las sabias precauciones dictadas por la esperiencia y la política cuanto podia poner de su parte al cielo, como las rogativas públicas y abundantes limosnas á los necesitados. Mas si estas obras de piedad no pudieron servir para llevar á cabo sus intentos temporales, no se perdieron para la eternidad en las circunstancias de su cer-

cana muerte, acaecida poco despues en el año 457, á los sesenta y cinco de su edad. Todos llenaron de bendiciones su memoria, por sus virtudes y su aplicacion al bien del Estado y de la Religion. Sucedióle el tribuno Leon, gobernador de Silimbria, nacido en Tracia, y el 7 de febrero del mismo año le eligieron las tropas con el consentimiento del Senado.

Amaba con sinceridad la Religion; pero en el principio de su reinado cayó por sorpresa ó debilidad en una falta que, consternando á San Leon y á todos los que cuidaban del bien de la Iglesia, les hizo conocer muy luego que el Oriente no era ya gobernado por Marciano y Pulqueria. Cobrando ánimo los eutiquianos, tan numerosos en Egipto, con la mudanza de soberano, pusieron á la cabeza de los sediciosos al monge Timoteo, ordenado de presbítero en tiempo de Dióscoro. Hacia ya mucho tiempo que estaba fomentando secretamente la intriga y revolucion que habia proyectado. Iba de noche con una caña hueca por las celdillas de los solitarios, y hablándoles con esta especie de bocina, los llamaba uno á uno por sus nombres que antes se habia cuidado de aprenuer, y decia ser un ángel enviado del cielo que venia á advertirles que huyesen de la comunión de Proterio y eligiesen al monge Timoteo por obispo, señalándose de este modo á sí mismo (1). A esta supercheria sacrilega que le hacia correr de noche como los gatos sobre los tejados, se refiere su sobrenombre de Eluro, que en griego significa gato.

Quando creyó afirmada su trama, y supo la muerte de Marciano, autor de su destierro, se presentó insolentemente en público, y declamó altamente contra el Concilio de Calcedonia. Entre los monges que le

(1) Nicephor. lib. 13, cap. 16; Evagr. lib. 11, cap. 8.

eran adictos, reunió primero los de las inmediaciones de Alejandría con una tropa de bandidos y sediciosos ganados con dinero, y aprovechándose de la ausencia del gobernador que estaba ocupado á la sazón con sus tropas en el alto Egipto, llenó la ciudad de tan descomunal sedición que los católicos no se atrevieron á dejarse ver. Despues de apoderarse de la iglesia mayor, llamada el templo Cesariano, se hizo ordenar obispo por Eusebio de Pelusio y Pedro de Mayuma, dos de los cuatro ó cinco obispos que estaban confinados, y reducidos por su rebelion contra la Iglesia y sus primeros prelados á hacer la corte á un monje sedicioso. Quedaba un obstáculo á su facción en la persona del obispo Proterio, que buscó en vano su seguridad en el baptisterio.

No le preservó de su furor ni la santidad del lugar, ni la del día, que era Viernes Santo. Sin consideracion á su virtud, ni á su ancianidad venerable, ni á sus canas, le hirieron varias veces con una espada estando en oracion. No se contentó su furor con la muerte, sino que ataron su cuerpo con una cuerda y le colgaron públicamente á vista del pueblo, con gritaría y feroces insultos. Despues le arrastraron por toda la ciudad hasta hacerle pedazos; siendo tal la rabia de algunos, que llegaron hasta beber su sangre. Quemaron el resto de sus miembros, y echaron sus cenizas al aire. Muchos católicos sufrieron martirio con su santo obispo (1).

Timoteo borró de los sagrados dipticos el nombre de Proterio, puso en ellos el suyo despues del de Dióscoro, y saqueó los bienes del mártir y de su familia. Respecto á los de la Iglesia, disponia de ellos despóticamente, prodigándolos á los de su facción y á sus parientes, sin pensar siquiera en los pobres. Fulminó anatema contra el Con-

(1) *Vict. Chron.* p. 899.

cilio de Calcedonia y contra los fieles que le respetaban, y señaladamente contra el Papa y contra los obispos de las primeras Sillas. De entre el corto número de los obispos de su facción, eligió á los mas furiosos y los envió á todas las ciudades de la provincia para perseguir á los prelados católicos y á su clero. Espulsaron de sus iglesias á los mas respetables pastores, venerables ancianos ordenados en tiempo de San Cirilo y aun antes, y luego pusieron hereges en su puesto. Asimismo perseguian á los ortodoxos en los monasterios de uno y de otro sexo, en los cuales se procuraba especialmente no quedasen mas que sacerdotes hereges; de modo que los eclesiásticos sumisos á las decisiones de la fé se veian en general reducidos á la fuga ó á mantenerse enteramente ocultos.

A pesar de tantos escesos, el emperador Leon seguia en la inaccion y en una especie de indecision acerca de lo que debia pensar de tales facciosos. Estos enviaron á Constantinopla memoriales en que decian que el pueblo y magistrados de Alejandría no querian mas obispo que á Timoteo. En cuanto á la fé, hacian profesion de la de Nicea y Éfeso; no mencionaban el Concilio de Constantinopla, y censuraban con insolencia al de Calcedonia, al Papa Leon que le respetaba, y á todos los obispos de Oriente que le habian encomiado. Despues de lo cual añadian que sin hacer caso de este era preciso reunir otro y examinar de nuevo la fé. El emperador, abandonado á esos vanos temores que empeñan muchas veces en los mas arriesgados lances á un político débil y limitado, propuso al patriarca de Constantinopla que congregase su clero con todos los obispos que estaban en la capital para dar su parecer, tanto sobre la ordenacion de Timoteo, como sobre los decretos de Calcedonia. En el mismo sentido escribió al Sumo Pontífice,

suplicándole que viniese á Constantinopla; á Basilio de Antioquia, sucesor de Máximo, á Juvenal de Jerusalem, y á una multitud de metropolitanos y obispos de las iglesias mas principales, en número de cerca de sesenta; y aun hubiera opinado que se celebrase nuevamente un Concilio ecuménico, si despues de los gastos del último y otros obstáculos hubiera sido dable celebrarlo.

Contestó el Papa al emperador (1), como ya lo habia hecho un Concilio de cuarenta obispos reunidos en Constantinopla, que seria un atentado examinar de nuevo las decisiones de un Concilio general, las cuales siendo dictadas por el Espíritu Santo son infalibles é irreformables: que en vez de poner en cuestion lo que ya estaba decidido, solo debia pensar en reprimir á los indóciles; que si se renovaban así las cuestiones al antojo de los hereges, jamás se acabarian las turbulencias en la Iglesia; y que esta culpable condescendencia solo podia servir para acrecentarlas. Por último, le exhortaba á que cuanto antes arrojase al monge Timoteo de la Silla de Alejandría, que tan indignamente habia usurpado, haciéndole presente que tal era el deseo de casi todos los obispos de Egipto, segun se lo habian escrito en sus cartas, y aun muchos de viva voz en la misma Constantinopla, á donde se refugiaron despues de las violencias del usurpador, en tanto que los obispos cismáticos no habian osado firmar su representacion, temerosos de manifestar su corto número.

Esta sábia entereza del Pontífice hizo que no se pensase mas en celebrar nuevo Concilio; empero los eutiquianos, perdiendo toda esperanza por esta parte, pidieron que se les concediese á lo menos una conferencia, en la que pudiesen proponer sus dificultades. Tambien permaneció inflexible

(1) *S. Leo. Epist.* 75.

San Leon contra esta nueva tentativa; «siempre seria, contestó, destruir la autoridad del Concilio de Calcedonia, acceder á esta súplica artificiosa de sectarios revolucionarios, y no esperen nunca que yo acceda á ello. Queriendo argüir de nuevo sobre la fé, intentarían persuadir que hasta ahora nada se habia decretado sobre ella; pero el engaño es muy grosero, y Leon no caerá en él (1).»

Despues consultó el emperador á los solitarios mas respetables del Oriente, como San Simeon Stilita, Santiago el Siro, y San Baradat. El método de vida de estos dos últimos no es menos admirable que el de Simeon; y si estos prodigios no fueran igualmente certificados por testigos oculares y escritores de tanta autoridad como Teodoreto (2), apenas podriamos creerlos. Este, que era obispo de Ciro, conocia muy particularmente al ilustre Siro, llamado Santiago: habitaba solo á legua y media de dicha ciudad sobre la cumbre de un monte, donde vivia á cielo raso, espuesto día y noche á las inclemencias del tiempo, sin tener una celdilla para guardarse de las bestias feroces, ni una gruta para guarecerse de los ardores del sol, ni de la nieve que algunas veces caia tan abundantemente que quedaba como sepultado: nunca vió fuego, ni usaba de él aun para preparar su comida, que consistia en algunas lentejas mojadas en agua, y no pareciéndole todavía bastante rigoroso este método de vida, llevaba bajo del hábito pesadas cadenas de hierro. San Baradat, espuesto de la misma manera á todas las inclemencias de las estaciones, moraba en la punta de una roca, teniendo de continuo las manos alzadas al cielo, menos parecido á un ser animado que á una estatua de piedra: estaba cubierto

(1) *S. Leo. M. Epist.* 78.

(2) *Theod. Philoth. cap.* 21.